

Recordar, compartir, aprender

## Bilbao

Ignacio Garitagoitia, 79 años

Natalia García García, 18 años

### CONSEJOS VENDO...

*Me da miedo la página en blanco. Bueno, más bien, me daba. Ahora ya no. Ahora me da miedo llegar a una edad en la que no recuerdes nada. Escribir la historia de Ignacio me ha hecho pensar en todos aquellos que por su enfermedad no pueden recordar nada. No fue mi caso. Ignacio aún es joven. Y recuerda todo. ¡Y tanto que recuerda! No dejó de hablar en ningún momento desde que le conocí.*

Cuando salí de hablar con Ignacio me hacía la obligada pregunta en un tono casi desesperado; ¿Y qué escribo yo ahora? Me había contado varias historias de su juventud. Él tenía muy claro lo que quería que yo contase. Yo... no tanto. La única condición que me puso fue que no escribiese ninguna fantasmada. Algo espontáneo, directo. Cuando me lo presentaron me lo describieron como un artista. Parecía un hombre sencillo, aunque luego descubrí que era algo enrevesado. Llevaba el jersey a juego con sus ojos. Seguro que no lo había hecho sin querer. Ignacio no descuidaba ningún detalle.

La capacidad que más me sorprende de las personas mayores es que son capaces de encontrar un tema común del que hablar en cuestión de segundos. En mi caso resultó que Ignacio cuando era joven veraneaba en mi pueblo. Allí nos pusimos a hablar de lo mucho que había cambiado. Después me resumió su niñez y juventud en una frase.

Había estudiado una carrera y había trabajado durante toda la vida. Parecía que estaba describiendo la vida de cualquiera de mi generación, no la suya. ¿No puede ser un viejo normal? Me preguntaba. Mis abuelos no hicieron nada de eso... ¡y son de su tiempo! Podía haber tenido una vida complicada en la que tuviese que trabajar para sacar adelante a una familia. Pero no. Ignacio no podía ser como los abuelos normales.

Me contó su historia. La situó en La Guerra Civil. Parecía que comenzaba lo interesante. Cuando los nacionales entraron en Bilbao él y su familia se alejaron para refugiarse en un caserío a las afueras de la ciudad. Estaban muchos. Durmió en un colchón en el suelo, rodeado de arañas que le mantuvieron en vela toda la noche. No les pudo quitar ojo. Era un niño. Ahora vive en una residencia. Yo nunca había estado allí. Cuando llegué pensé que tenía que tener dinero. ¿Qué? Se me hace difícil dejar mis prejuicios a un lado. No lo puedo evitar. El que diga que sí miente. “Aquí viviréis como reyes”, le dije. “Lo custodian las monjas -me dijo- son más putas que las gallinas”. Reímos. Le regalaré un libro de greguerías, pensé.

Se dedica a pasear por Bilbao. Antes paseaba por Abandoibarra. Hasta que un día llegó al Guggenheim. Ralentizó el paso. ¿Qué es eso? ¿Una araña? Se paró. No podía seguir adelante. Se le agarrotaron los músculos y se le pusieron los pelos como escarpas. Se dio la vuelta. Desde entonces no pasa por ahí. El origen de su miedo a las arañas lo sabe. Le dije que con esos datos podía superar su fobia con la ayuda de un psicólogo. Un diagnóstico rápido.

¿Quién soy yo para mandar al psicólogo a un hombre de setenta y pico años? En fin. La psicóloga del centro, Belén, fue la que nos puso en contacto. Le pregunté si ella lo sabía. No. Supongo que quería contárselo a alguien. Yo tengo miedo al fuego, pero no se lo dije. Como dice mi madre, consejos vendo y para mí no tengo.